

AL HILO DE UN TEMA

Carmen Bravo-Villasante integra en conjunto orgánico buen número de nombres femeninos en su libro: *Veinticinco mujeres a través de sus cartas* (1). Cuenta el género epistolar con nutrida nómina de ilustres cultivadoras. Sin aludir a su papel en la relación amorosa, fue recurso obligado de relación humana e intelectual en un tiempo en que, fuera de la intensa vida social de las ciudades propicias a desarrollarla, en la limitación de otras, en los pueblos o en el aislamiento del campo, el ansia de comunicación no encontraba satisfactoria manera de realizarse y las cartas equivalían al ansiado diálogo.

La explicación, sin embargo, no es del todo convincente, señala una de las causas, que no es la única, de ese fenómeno de inflación epistolar que hoy nos asombra, y en sus muestras nos encanta. Carmen Bravo-Villasante advierte que el ocio y el aburrimiento son los mejores aliados de las cartas bien escritas, pero llegado el caso señala también cómo las circunstancias de una vida llena de estímulos, exigencias y ajetreo, no impidieron la redacción de epistolarios muy importantes. Tenemos las cartas de Emily Dickinson, enigmática y recluida —«encerrada doncella» del siglo XIX la denomina la autora—, y las de madame de Sevigné, noticiera y chismosa incansable del París de Luis XIV, que la tenía prendida en todas sus redes. Carmen Bravo se pregunta si no podríamos considerar las cartas, carentes de intimidad, de la encantadora francesa, como una inteligente reseña teatral para los que no pudimos ser espectadores del siglo XVII.

Más que en madame de Sevigné, y antes de llegar a nuestro siglo, que también ofrece base de ejemplos, me detendría yo en una mujer compleja e inquietante, de poderosa personalidad, madame de Staël. Abrió los ojos al mundo y los abrió al trato humano directo, al diálogo, a la relación social. Nació a la cultura en el salón de su madre: allí, aún niña, sentada en su sillita baja, escuchaba atenta a aquellas figuras, que representaban el «todo París» de la época y que acudían a la cita en casa del célebre banquero y ex ministro Nécquer. Recibía la sugestión, precozmente experimentada, de un mundo exquisito y decadente, presto a ser barrido por la Revolución. Fue éste el primero de sus entusiasmos juveniles, pronto defraudados, y causa de su primer destierro a Ginebra. El segundo sería decretado por Napoleón. Empiezan así sus aventuras políticas, que no le impidieron desarrollar una actividad intensa intelectual y literaria, incorporada a la vida social que tenía por centro su quinta de Coppet durante el tiempo que

(1) Carmen Bravo-Villasante: *25 mujeres a través de sus cartas*. Memorias de M. de Rocca. Ed. Almena.

permaneció en Ginebra. Madame de Staël se gozó siempre en ser admirada. En juventud y en madurez su vida amorosa fue tan cumplida como puede serlo una vida humana dentro de sus límites. Entraron en el juego hombres ilustres, y otros a los que concedió ella algo de su propio fulgor.

Uno de sus tardíos caprichos fue M. de Rocca, el joven y apuesto ginebrino que se convirtió en su segundo marido. Y es curiosa circunstancia que por seguir literariamente al amparo del nombre del primero, el barón de Staël, tuviera, según parece, empeño en que este matrimonio permaneciera secreto. Aunque Revilliot, el biógrafo de De Rocca duda que se hubiera realizado, otros autores, Paul Gautier entre ellos, no lo dudan, e incluso se afirma que se celebró dos veces, una en Ginebra y otra en Estocolmo, porque «elle ne pouvait pas se croire assez mariée», según escribió Bonstetten a Federica Brun. John de Rocca había vuelto a Ginebra tras las graves heridas que sufriera en la guerra de España. La seducción de las glorias imperiales le había impulsado a entrar en la «Grande Armée», previo paso por la escuela de Fontainebleau, y como oficial de caballería participó en la guerra de la Independencia, de la que dejó un curioso relato personal. La segunda edición de estas memorias contiene noticia del personaje (2). Cuenta Revilliot que en 1811 regresó al cuidado de los suyos y a su ciudad natal «... y su reputación de hombre guapísimo, el ruido de sus aventuras y ciertas excentricidades juveniles, llamaron la atención de madame de Staël, que, a pesar de la diferencia de edad —veinte años por lo menos— y de la oposición del padre de De Rocca, hizo cuanto pudo por atraerse al joven oficial». Se deduce que en este caso la señora experimentó un inicial entusiasmo apoyado en la curiosidad y la imaginación, para pasar en seguida a la acción, lo que no deja de tener enorme interés como muestra de una inquietud amorosa y una avidez posesiva que no admitían limitaciones. De Rocca se enamoró de ella como un cadete. Pasó a girar en su órbita. La seducción de los fastos imperiales la sustituyó la seducción de una mujer a la que iba a acompañar en un exaltado recorrido europeo, que tenía como meta predicar la guerra santa contra Napoleón.

Creo que estas consideraciones no son marginales al tema. Porque lo que interesa dentro de él es que madame de Staël, la escritora, la activista —diríamos hoy— política, la filósofa, la intelectual capaz de transmitir a los medios intelectuales franceses una idea de Alemania que permaneció como válida y preparó la sensibilidad para

(2) *La guerra de la Independencia contada por un oficial francés...* Nuevamente traducidas al castellano. Arregladas y anotadas por don Angel Salcedo Cruz... Madrid, Imprenta de la Revista de Archivos, 1908.

la incorporación de las corrientes románticas, ha quedado también ligada a sus cartas íntimas, índice de una fiel amistad. Dice, a propósito de ellas, Carmen Bravo-Villasante: «Es tan difícil la amistad entre dos mujeres, erizada de rivalidades y emulaciones, que la nobleza y generosidad de Madame de Staël, correspondidas por su bella amiga Madame Récamier, enaltecen todavía más a estas dos figuras románticas que, de otro modo, hubieran pasado a la historia como antagonistas». (Sigue siendo tentador el estudio, creo que nunca abordado, de por qué, desde la antigüedad clásica, el sentido de la amistad tiene, fundamentalmente, signo masculino. Si se piensa asimismo en lo que ha sido el sentido de la amistad en los distintos pueblos, su también distinto carácter, se tendría una clave o un punto de partida.) La historia de los epistolarios da un buen índice de lealtades femeninas: así el caso de Ellen Nusey guardando y finalmente publicando las cartas de Carlota Brönte, su amiga de infancia, pese a los celos del timorato Mr. Nichols, marido de la escritora; así el de Mabel Loomis Todd con las cartas de Emily Dickinson, y en parte con sus poemas.

Carmen Bravo-Villasante dice que hubo en Inglaterra una etapa —se refiere al siglo XVIII— en que escribir cartas se convirtió en un vicio nacional; ingleses e inglesas escribían desesperadamente. El gusto de las epístolas, aun sin llegar a este extremo, cubre una larga época y se extendió a muchos países, por fortuna porque gracias a él hemos recibido un inestimable legado literario. Cinco siglos hacia atrás tiene su punto de partida este libro, con Santa Catalina de Siena. Admirable mujer, pero qué lejana está de nosotros, y de qué difícil penetración resulta su sentido humano para el nuestro, su sensibilidad para nuestra sensibilidad. Y qué próxima, pese a todo, vemos a Isabel de Guevara, la española que participó en peligrosos avatares de la conquista de América, y que para pedir justicia a la reina doña Juana le envía «la más impresionante de las cartas de Indias escritas por una mujer». Todavía nos emociona la voz profunda de Mariana de Alcoforado, que sobre la amargura del abandono logra elaborar la valiente y hermosa teoría del amor que se contiene en sus cartas al caballero de Chamilly. Una orgullosa superioridad, la de sentirse capaz de metas amorosas inaccesibles para su amante, una ardorosa pesadumbre, un dolor amorosamente arropado, con más desdén que nostalgia, impregnan las cartas que bastaron para abrir paso a su nombre a través de los años, y, ya, de los siglos.

El libro contiene una serie de estampas breves, de apuntes psicológicos y biográficos. Las citas epistolares, muy medidas, centran el

enfoque de cada figura, marcan el contraste que unas y otras ofrecen en conjunto. De algunas de las escritoras que aquí selecciona se había ocupado la autora extensamente en otros libros: de Bettina Brentano (3), la «real y literaria», extraordinaria, entusiasta Bettina, ligada para siempre a una gran época de la cultura alemana; de Gertrudis Gómez de Avellaneda (4), que dejó unas desgarradoras, bellísimas cartas de amor, de reproche y desesperación, otras cartas, también, que hoy nos aproximan a ella más que su obra literaria; de Emilia Pardo Bazán, doblemente en su biografía (5) y en la edición de un epistolario amoroso (6), definitivo de la recia, tierna, desafiante y flexible personalidad de la escritora. Aquí el recorrido exige otro paso, el libro se atiene a otros sistemas en la dimensión que concede a sus protagonistas.

Dos grupos nos presenta la panorámica comparativa, de acuerdo con dos tipos de mujeres. Parecen a veces tener primacía las que representan la capacidad de lucha, la voluntad combativa. Pudiera encabezarlas Cristina de Suecia, con mayor arranque, sin embargo, que fortaleza. Y quedarían relegadas o en protectora sombra aquellas que en vida escogieron representar este papel. Pero qué firmeza interior y qué decidida voluntad de independencia muestran muchas de ellas. Resultaría aquí tentador investigar quién es el más fuerte, llegar al fondo de las razones de estas dos actitudes femeninas. Y aún cabría detenerse en el caso en que ambas se funden: Virginia Woolf, que figura al final del libro. Cuánto nervio y cuánto poder trasciende de su frágil apariencia. En 1923, acompañada de su esposo Leonard Woolf, Virginia visitó en su casa de la Alpujarra al escritor G erald Brenan. La recuerda éste durante las veladas, arrimada al calor del fuego que ardía en la chimenea de campana: iluminado por el resplandor de las llamas, su rostro revelaba al poeta que había en ella. La recuerda trepando por las colinas alpujarre as entre higueras y olivos, delgada y grácil, ágil como cualquier dama inglesa criada al aire libre, abiertos de par en par los ojos, asombrada ante la belleza del paisaje. Pero recuerda también la firmeza de su mirada, la seguridad de su voz, la agudeza de su espíritu crítico. Desolada e implacable, cabría decir de esa gran escritora inglesa. Carm n Bravo-Villasante le dedica las páginas finales por dos libros —dice— que son como largas

(3) C. Bravo-Villasante: *Vida de Bettina Brentano. De Goethe a Beethoven*. Edit. Aedos, Barcelona.

(4) C. Bravo-Villasante: *Una vida romántica, La Avellaneda*. EDHASA, Barcelona.

(5) C. Bravo-Villasante: *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*. Revista de Occidente, Madrid.

(6) C. Bravo-Villasante: *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán. Correspondencia amorosa con Galdós*. Edit. Novelas y Cuentos, Madrid.